

muchos no la quisieron recibir, despechados por el desencanto sufrido (1).

Como acontece siempre que se desvanecen las esperanzas concebidas, los soldados empezaron á murmurar de la manera con que se habia hecho el reparto. Habian soñado con grandes riquezas á la vista del tesoro que juzgaron inagotable, y solo vieron llegar á su poder una insignificante parte que, mas que recompensa á sus afanes, la juzgaron sarcasmo de la fortuna. Soldado hubo que, al tocar el triste desengaño de su ilusion desvanecida, se sintió acometido de una tristeza profunda que empezó á quebrantar su salud. Habia dejado su país, su mujer, sus hijos, seducido por las halagadoras descripciones que habia oido hacer en su patria, esperando volver pronto á ella con una regular fortuna, y se encontraba con un amargo desengaño (2). «Si el reparto se hubiera hecho legalmente, decian algunos, todos tendríamos lo suficiente para vivir; pero mientras unos han cobrado como reyes, otros han sido pa-

(1) «De manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco, muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir... é otros soldados hubo que tomaron sus partes á cien pesos.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*. El señor Prescott pone que les tocó «á los soldados rasos, cien pesos de oro á cada uno, cantidad tan insignificante respecto de lo que esperaban, que varios rehusaron aceptarla.» Bernal Diaz solo dice pesos. A ser pesos de oro, la cantidad, aunque corta, no hubiera sido tanto como para ser desechada, pues valiendo cada peso de oro once duros y quince reales vellon de nuestra moneda, le hubiera tocado á cada uno mil ciento setenta y cinco duros.

(2) «Aquel soldado era piloto y hombre de la mar, natural de Triana y del condado; el pobre tenia en su tierra mujer é hijos, y vino á buscar la vida para volverse á su mujer é hijos; é como habia visto tanta riqueza en oro en planchas y en granos de las minas é tejuelas y barras fundidas, y al repartir dello vió que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

gados como domésticos. En Veracruz cedimos nuestra parte, desprendiéndonos de lo que á fuerza de peligros y de privaciones habíamos adquirido: aquí se nos despoja de la fortuna, dedicando el tesoro al pago de lo que costó la armada y al quinto de nuestro general.» Los descontentos llevaron su murmuracion hasta el caso de suponer que algunos jefes se habian apoderado de varias alhajas antes de haberse hecho el reparto. Pero esto, que no era mas que un desahogo del disgusto que sentian, no podia, ni aun cuando hubiera sido cierto, haber perjudicado notablemente á ninguno. Una joya, ni dos ni media docena, no eran para aumentar ni disminuir el peso general de la plata y el oro en un grado sensible. Siempre los ricos metales han sido causa de disgustos entre los hombres y los que han desunido las mas estrechas amistades. No dejó entonces tampoco de crear desavenencias serias en dos individuos respetables en el ejército. Eran Juan Velazquez de Leon y el tesorero Gonzalo Mejía. Habia el primero mandado hacer á los plateros de Azcapozalco varias cadenas de oro. El tesorero, viendo que no estaban quintadas, le dijo que se las entregase, porque pertenecian á las regaladas por Moctezuma para el soberano. Velazquez de Leon, gran amigo de Cortés y pariente del gobernador de la isla de Cuba, se dió por ofendido, y le respondió destempladamente. Pronto de las palabras marcharon á los hechos, y sacando las espadas se acometieron fieramente. Los dos eran diestros en el manejo de las armas y de notable valor y fuerza. Dos heridas habia recibido Gonzalo Mejía de Velazquez de Leon y otras dos éste de Mejía, y aun continuaban luchando. Hernan Cor-

tés llegó entonces al sitio en que combatian, y á no haberse interpuesto entre ellos, de creerse es que los dos hubieran perecido. El jefe español les reprendió, y conociendo que era preciso no dejar sin correctivo el duelo, mandó arrestar á uno y otro, para evitar que cundiese el mal ejemplo entre los demás oficiales.

Sabedor luego del disgusto y de las murmuraciones de los soldados, mandó que se reuniesen, y se presentó á ellos con el objeto de hacerles comprender que no eran justos en sus apreciaciones. Les dijo que nadie como él anhelaba la felicidad de los sufridos soldados que le habían acompañado en la empresa mas difícil y peligrosa. Ponderó el valor por ellos desplegado; los servicios prestados á la religion y al rey, manifestando que no quedarían sin recompensa, ni por el monarca ni por Dios. Dijo que el reparto del tesoro se habia hecho con la equidad que reclamaba la justicia: que la parte separada para él era la que realmente le correspondia. «Sin embargo, añadió, nada quiero del tesoro; todo lo que tengo es de mis soldados; el que lo necesite, que me pida, yo renuncio á la cantidad que por justos derechos me pertenece.» No dejó de pintar con vivos colores la obligacion en que todos estaban de sufrir algunas contrariedades en servicio de la cruz. «Justo es el deseo de adquirir riquezas, añadió; pero no debe ser ese únicamente el objeto del soldado católico. Mi ambicion, al menos, es mas elevada; y no dudo que es la misma que anima á todos los buenos españoles que están á mi lado. Nada debe importarnos lo mucho ó poco que nos haya tocado en ese reparto. Todo el oro que habeis visto, no es mas que una leve muestra del inagotable

que podreis sacar de las numerosas minas en que abunda el país» (1). Hernan Cortés terminó recomendándoles que no diesen lugar á que Moctezuma y sus nobles advirtiesen el menor disgusto, y asegurándoles un porvenir de honra y de riquezas.

Las palabras del caudillo español, pronunciadas de una manera seductora, disiparon el descontento de los soldados. Aquel hombre que sabia sacrificarlo todo á sus grandes designios, cedió gustoso, en favor de los soldados mas pobres, el quinto que le pertenecia; regaló á varios algunas alhajas de las que poseia, y no se olvidó del melancólico soldado que anhelaba enviar algo á su mujer y á sus hijos, á quien regaló trescientos pesos que le volvieron su natural alegría (2).

La conformidad de los que se habian manifestado descontentos, está revelando la influencia que Hernan Cortés ejercia sobre sus soldados. Sus palabras suaves y halagadoras desbarataban las tormentas del disgusto, como los vivificantes fulgores del astro principal la niebla de los campos. Se veia el dominio que ejerce el genio superior, sin intentarlo, sobre la multitud. Su elocuencia habia arrebatado siempre al soldado, haciéndole aceptar con

(1) «Y dijo que todo lo que tenia era para nosotros; que él no queria quinto, sino la parte que le cabe de capitan general, y cualquiera que hubiese menester algo, que se lo daria; y aquel oro que habíamos habido que era un poco de aire; que mirásemos las grandes ciudades que hay é ricas minas, que todos seríamos señores dellas, y muy prósperos é ricos; y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabia bien proponer.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(2) «Y le prometió que con los primeros navíos le enviaria á Castilla á su mujer é hijos, é le dió trescientos pesos.»—Bernal Diaz.

entusiasmo, lo mismo que poco antes rechazaba; pero nunca se puso mas en relieve la fuerza de esa elocuencia, que en aquellos instantes en que se le hacia renunciar al soldado á la fortuna que acababa de tener delante de sus ojos, que habia acariciado como cierta. En la Villa Rica bastó una insinuacion suya para que todos se desprendiesen voluntariamente del oro que á fuerza de privaciones habian adquirido. Les habia hecho concebir lisonjeras esperanzas, y nadie se mostró avaro para servirle. En Méjico habian alcanzado los tesoros que les habia prometido: los habian visto y tocado; y cuando al verlos desvanecer entre sus manos como una sombra, rugen de ira anunciando una tormenta, basta una palabra de aquel mismo hombre extraordinario á quien acusan, para calmar la amenazadora tempestad.

Grande maravilla es en un hombre persuadir con su elocuencia á los que participan de opinion contraria, á que acepten la suya. Pero hacer que renuncien á la riqueza, al oro que tienen en sus manos y que constituye el porvenir de su vida, eso no lo pueden alcanzar, y mucho menos del rudo soldado, sino los que están dotados de un genio superior. La posesion del oro que cada individuo habia recibido, y el deseo de aumentarlo, fomentó en la tropa el vicio del juego. Un soldado hizo naipes del parche de los tambores viejos, y el codiciado metal que habian adquirido á fuerza de sufrimientos y penalidades, poniendo en riesgo sus vidas y afrontando los mayores peligros, pasó de unas manos á otras, segun el capricho de la fortuna, quedando algunos mas pobres que cuando pisaron el suelo del Anáhuac.

La atrevida empresa de Hernan Cortés parecia terminada. El emperador de Méjico se habia declarado feudatario de la corona de Castilla. La nobleza, el clero, los gobernadores de las provincias, el pueblo entero consideraba como legítimo soberano al rey de España. Todos habian prestado el juramento de vasallaje. La agregacion del imperio azteca á la patria de Hernan Cortés, parecia completamente terminado, sin que se hubiese disparado ni un arcabuz ni una flecha. Pero si en lo político habian caminado en armonía Moctezuma y el caudillo español, acaso surgirian dificultades al tocar el punto religioso, que era el recomendado con especialidad por los reyes de Castilla.

El asunto de religion era para Cortés altamente esencial. Los sacrificios humanos continuaban diariamente, y nada se creia logrado si no se suprimian las sangrientas hecatombes. En vano Hernan Cortés y el padre Olmedo habian agotado toda su elocuencia para el establecimiento del culto católico. Moctezuma se manifestaba profundamente adicto á sus creencias y menos dispuesto cada vez á separarse de ellas. Tal vez de cada conferencia relativa al asunto sobre religion resultaba el aumento de algunas víctimas, con el objeto de ofrecer su sangre á los dioses para calmar su ira por las injurias que les inferian.

Los altares humeaban diariamente con el caliente líquido de las numerosas víctimas.

Hernan Cortés creyó que estaba en el deber de evitar la muerte de millares de inocentes, y se dirigió á ver á Moctezuma, acompañado de varios capitanes y soldados. Le dijo que veia con sentimiento conducir á todas horas á la piedra del sacrificio á desventurados inocentes, á pesar

de haberle suplicado que mandase cesar aquellos actos crueles que estaban en pugna con la naturaleza. Horrorizados de las inhumanas escenas que sin cesar se repetían, iban los capitanes que le acompañaban á pedirle licencia para quitar los sanguinarios ídolos de los altares del gran templo, y colocar en ellos el humanitario signo de la redención, que difundiese la luz de la verdad por todos los ámbitos del imperio. «Esperan, añadió, que atenderéis á su justa solicitud. De no ser así, están resueltos á marchar á quitarlos en el momento mismo» (1).

Escuchó aterrado Moctezuma las palabras del caudillo español. Sabía que serían cumplidas si no lograba disuadirle de su intento. La idea de que sus dioses iban á verse profanados le llenó de consternación, y exclamó con acento conmovido: «¿Por qué pretendéis, Malinche, ofender á nuestros dioses alterando la quietud de la ciudad y provocando la ira de los primeros? Os ruego que no los toqueis, porque al hacerlo pondreis en riesgo vuestras vidas, pues nunca sufrirá el pueblo la profanación de sus templos. Esperad: yo consultaré con los sacerdotes, y os comunicaré su respuesta» (2).

Hernán Cortés, viendo la emoción de Moctezuma, hizo

(1) «Y dijo al Montezuma: Señor, ya muchas veces he dicho á vuestra majestad que no sacrifiqueis mas ánimas á estos vuestros dioses, que os traen engañados y no lo quereis hacer; hágoos, Señor, saber, que to los mis compañeros y estos capitanes que conmigo vienen, os vienen á pedir por merced que les deis licencia para los quitar de allí, y pondremos á Nuestra Señora Santa María y una cruz; y que si ahora no les dais licencia, ellos irán á los quitar.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(2) «¡Oh Malinche, y cómo nos quereis echar á perder toda esta ciudad.

una señal á los que le acompañaban para que le dejaran solo con él, quedándose únicamente con los intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina. El caudillo español, manifestándose interesado en obsequiar los deseos del monarca azteca, le dijo que, en obsequio suyo y por amor á la paz, interpondría su influjo con los oficiales y soldados para que no llevaran á cabo su proyecto. Pero necesitaba, para conseguir calmarles, que concediese un lugar en el mismo templo, donde se colocase un altar con la imagen de la Virgen y una cruz. Moctezuma, con semblante triste y conmovida voz, volvió á contestar «que lo consultaría con los sacerdotes».

La consulta dió por resultado la concesión de lo que los españoles habían solicitado. El sitio que anhelaban en el templo para colocar un altar les fué cedido. Podían, desde aquel momento, celebrar públicamente su culto, inclinando al pueblo á la doctrina dulce y fraternal del Evangelio.

Conseguido el permiso, inmediatamente se puso en obra el pensamiento. Se quitaron las endurecidas costras de sangre que manchaban las paredes y pavimento del santuario: se construyó un sencillo, pero elegante altar, en que se colocó la cruz y la imagen de Nuestra Señora; ramos y coronas de flores adornaban los muros del templo, y blancas velas de cera enviaban su limpia luz sobre el apacible rostro de la Virgen.

Porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán. Lo que os ruego, que ahora al presente os sufráis, que yo enviaré á llamar á todos los pápas, y veré su respuesta.»—Bernal Díaz del Castillo.

Para inaugurar con la mayor solemnidad posible el sitio destinado al culto de la religion del Crucificado, el ejército subió las gradas del templo llevando en procesion la imágen de la madre del Salvador, que fué colocada con religiosa alegría sobre el enflorado altar. Terminada la conmovedora ceremonia, el venerable padre Olmedo, asistido del sacerdote Diaz, celebró misa cantada, ayudado de varios soldados de buenas voces que conocian los cánticos de la Iglesia. El recogimiento mas profundo reinaba en los católicos asistentes. Al entonarse el *Te Deum*, la emocion religiosa embargó el alma de los soldados de la cruz, y las lágrimas rodaron por los varoniles rostros de aquellos hombres que manifestaban con ellas su intensa gratitud al Hacedor Supremo.

Era un espectáculo sublime.

El signo de la redencion uniendo en lazo fraternal á todos los hombres, se levantaba á corta distancia del sanguinario Huitzilopochtli anhelante de hecatombes humanas.

La cruz se habia plantado en lo mas alto del teocalli.

Hernan Cortés no dudó que produciria los saludables efectos que su corazon, lleno de fé, le hacia presentir. Un anciano veterano quedó en el templo, encargado de cuidar del departamento católico, y de impedir la entrada á los que pudieran profanarlo.

Los dos cultos, diametralmente opuestos, se hallaban establecidos en un mismo templo. Al lado de donde se levantaba al cielo la plegaria pidiendo piedad para el género humano, se escuchaba el suspiro desgarrador de las víctimas á quienes los sacerdotes aztecas arrancaban el corazon sobre la piedra del sacrificio. Parecia que el senti-

miento natural debia inclinar al pueblo en favor de una religion de paz y de caridad; pero las ideas religiosas estaban profundamente arraigadas en el país entero; habian visto desde niños ofrecer á sus dioses víctimas humanas, y no hubieran creído honrar á sus divinidadessi no les hubieran seguido ofreciendo diariamente algunas.

Al ver, pues, levantada la cruz junto al altar del númen de la guerra Huitzilopochtli, creyeron profanado el templo de su deidad tutelar, y ver en sus ojos el odio contra la nueva religion.

El antagonismo contra los españoles empezó entonces á manifestarse claramente. Nada hay mas delicado que el sentimiento religioso. El hombre sufrirá que se le ataque en sus ideas políticas, en sus costumbres, en sus gustos y hasta en sus intereses; pero no tolerará al que trate de arrebatarle su religion. La idea religiosa en que se ha nacido, que las madres han enseñado á sus hijos desde que empezaron á balbucear las primeras palabras; que ha servido de consuelo en los amargos instantes de la vida y de satisfaccion en el logro de alguna ventura; esa no pertenece á un partido: pertenece á todo un pueblo; afecta al rico, al pobre, al niño, al jóven, á la mujer, al anciano, á la sociedad entera. Es el verdadero lazo de union que da la fuerza á los pueblos; que no se rompe, como se rompe el lazo formado por el interés cuando la conveniencia nos seduce.

El pueblo azteca habia visto, sin quejarse, conducir á su monarca á los cuarteles de los extranjeros; aplicar la pena de muerte á los jefes que hostilizaron á la guarnicion de la Villa Rica; entregar los tesoros reales y protestar